

tálamo de sus esposas y los sepulcros de sus padres, y por espacio de ocho siglos sostuvieron una gigantesca lucha, hasta que lograron reconquistar su independencia y arrojar de la nación á los moros. Sus heroicos esfuerzos no solo consiguieron libertar á España, abatiendo la pujanza del musulman, sino que fueron un muro inquebrantable que le impidieron invadir otras naciones de Europa, obligándole á retroceder cada vez más. Todos nuestros historiadores están conformes en reconocer la eficacísima influencia que tuvo la Iglesia y el Clero de España en el éxito feliz de nuestras luchas con los moros, organizando nuestros ejércitos, acompañándolos en la pelea y proporcionándoles recursos. Lo que no podían hacer los reyes lo hacían las Ordenes religioso-militares.

En el Oriente se vió todavía más claramente la influencia de la Iglesia en sostener la lucha con los sarracenos. Cuando los emperadores de Constantinopla se vieron seriamente amenazados, á donde primero acudieron en demanda de auxilio fué á Roma, á los Papas. Para saber si éstos correspondieron dignamente al llamamiento, no tenemos más que pronunciar una sola palabra, *las cruzadas*, y su consecuencia las Ordenes religioso-militares. En otro lugar nos hemos ocupado de su importancia y resultados (1).

Aquí solo hacemos notar de paso cuán glorioso es para la Iglesia haber iniciado y sostenido estos gigantescos movimientos, y haber estado siempre á su cabeza. El génio de los Papas descubrió el peligro del islamismo y solo pensó en conjurarlo. Las cruzadas eran la lucha de Jesucristo contra Mahoma, de la Cruz contra la cimitarra, y, por consiguiente, de la civilizacion contra la barbárie. Sin el celo de los Papas, sin la incesante atencion con que seguían todos los movimientos de los sarracenos, sin la continua resistencia que opusieron á sus proyectos, aprovechando todas las ocasiones oportunas para debilitar su poder, ¿quién puede adivinar cuál sería hoy el estado de Europa?

Podemos inferirlo por lo que son los países en donde lo-

(1) En la tercera parte, cap. 3.º

graron establecer su dominacion. «La corrupcion de ambos sexos, el envilecimiento y servidumbre de las mujeres, la necesidad de encerrarlas y ponerlas bajo la custodia de eunucos, el acrecentamiento de la esclavitud, una ignorancia universal é incurable, el despotismo de los soberanos, el avasallamiento de los pueblos, la despoblacion de las comarcas más bellas del mundo, el ódio recíproco y la antipatía de las naciones, son los efectos que constantemente ha producido el *mahometismo* y continúa ocasionando en todas partes donde domina. Esta sola religion ha hecho perecer más hombres que todas las demás juntas.»

Uno de los escritores más hostiles al Catolicismo dice: Bajo el yugo de una religion que consagra la tiranía, fundando el trono sobre el altar, que parece imponer silencio á la ambicion, permitiendo el deleite, que favorece la pereza natural, vedando las operaciones del entendimiento, no hay esperanza para las grandes revoluciones, y la esclavitud queda establecida para siempre.

Montesquieu, despues de haber hecho las mismas observaciones, añade: «La religion mahometana, que solo habla de espadas, obra todavía sobre los hombres con ese espíritu de destruccion que ha fundado» (1).

Por último, Volney demuestra que el gobierno despótico de los turcos, y todas las plagas de la especie humana que arrastra en pos de sí, son un efecto natural é inevitable de la insensata doctrina del Alcoran (2).

Tal es la importancia del triunfo de la Iglesia sobre el islamismo.

CAPITULO III.

Los cismas.

De la misma manera que las herejías, nos suministran los cismas muchas pruebas de la verdad de la Iglesia católica romana.

(1) *Espíritu de las leyes*, libro XXIV, cap. 4.º

(2) *Viaje á Siria y Egipto*, tomo II, cap. 40.—Citados todos por Bergier, artículo *Mahometismo*.

Es maravilloso ver á esta Iglesia siempre robusta y vigorosa atravesar las rudas pruebas que la han agitado, sin perder nada de su carácter. Las grandes y numerosas desmembraciones que sufrió por los cismas griegos, no consiguieron debilitarla, ni perjudicar en nada á su título de católica, ni limitar su universalidad, sino que, por el contrario, despues de ellos entraron más numerosos pueblos en su seno, adquirió mayor preponderancia que nunca, se hizo respetar de los reyes, y llegó al más alto grado de su poder.

Igualmente las tenaces y largas escisiones intestinas, que en todos los siglos la han desgarrado, los antipapas que la han dividido, y especialmente el gran cisma de Occidente, solo sirvieron para afirmar su autoridad, y para que aleccionados los católicos por la experiencia, despues de la borrasca, se adhiriesen más firmemente á la cátedra de Pedro, y estrechasen su unidad con más seguros y sinceros lazos.

No hay sociedad que habiendo experimentado tantos y tan recios sacudimientos, haya permanecido inalterable. Esto no se ve en la historia, porque no cabe en el orden de las cosas humanas. Solo la Iglesia católica tiene este glorioso privilegio, porque es divina. Dejamos á cada uno meditar esta fecunda prueba; y al mismo tiempo llamamos su atencion hácia las reflexiones que hemos hecho arriba sobre las herejías, que las damos aquí por repetidas.

Hechas estas advertencias, trataremos de los cismas de Oriente, manifestando la sin razon con que se acusa á la Iglesia romana de haberlos provocado, y del gran cisma de Occidente, y de su feliz terminacion.

§ I.—Cisma de los griegos (1).

El *Syllabus*, en su proposicion XXXVIII, condena á los que se atreven á afirmar que *las excesivas arbitrariedades de*

(1) Véase Palma, *Prælect. Hist. Ecclæ.*, tomo II, caps. 24 y siguientes; tomo III, caps. 8.º y 26, y tomo IV, cap. 6.º

los Romanos Pontífices fueron causa de la division de la Iglesia en Oriental y Occidental (1).

Los que esto dicen, ó no han saludado la historia, ó la falsean con la más insigne mala fe. Basta abrir sus páginas para refutar esta calumnia, y probar la perfidia de los griegos y la razon de la Iglesia romana.

No el despotismo de los Papas, sino otras muchas causas enteramente ajenas á ellos contribuyeron á la separacion de la Iglesia griega contra la voluntad de los Papas, y á pesar de todos los esfuerzos que éstos hicieron por impedirlos.

La multitud de herejías que habían agitado al Oriente y su espíritu de rebeldía contra Roma, el insensato empeño de los emperadores de intervenir en las cosas eclesiásticas, y el favor que prestaban á los herejes, despreciando las amonestaciones de los Papas, los vicios de la córte y la ambicion de los Patriarcas de Constantinopla, especialmente de los perversos Focio y Miguel Cerulario, fueron las verdaderas causas del cisma griego.

El cisma empezó formalmente por motivos muy odiosos y pérfidos. El Patriarca Ignacio se opuso con la mayor energia á los desórdenes de Bardas, tio y tutor del emperador Miguel III, y le excomulgó por haber repudiado á su legítima esposa y mantener relaciones incestuosas con su nuera. Furioso Bardas, que manejaba á su gusto al emperador, hizo deponer á Ignacio y le desterró, y nombró en su lugar á Focio. Era éste pariente del emperador, que le había confiado cargos importantísimos de mucho talento y erudicion; pero tan ambicioso é intrigante como hipócrita.

Aconteció esto el año 858, y al siguiente se reunió un Concilio en Constantinopla que le depuso; pero éste logró atraer á su partido á muchos Obispos serviles, y los que no le reconocieron fueron desterrados.

Focio trató de sorprender y engañar al Papa, que era entonces Nicolás I. Al efecto le escribió una carta llena de

(1) *Divisioni Ecclesiæ in orientalem atque occidentalem, nimia Romanorum Pontificum arbitria contulerunt.*

mentiras, dándole cuenta de su elección, diciéndole que, á pesar de su resistencia, había sido elevado al lugar eminente que ocupaba, y que solo derramando un torrente de lágrimas había consentido en recibir la imposición de manos. Añadía que Ignacio se había retirado voluntariamente á un Monasterio, para terminar tranquilo sus días, y que su vejez y achaques le habían movido á tomar este partido. Una carta del emperador, acompañada á ésta, confirmaba todas sus falsedades. Notemos aquí de paso que los esfuerzos de Focio para justificarse, y todos los medios que para ello empleó, demuestran claramente que reconocía la jurisdicción del Romano Pontífice.

Entre tanto, Ignacio estaba encerrado en una prisión, y no pudo escribir al Papa. Extrañándose éste de su silencio, nada quiso decidir hasta examinar la elección maduramente, y para eso envió á Constantinopla dos legados. Pero al llegar á la corte les pusieron guardas de vista, no permitiéndoles comunicar con nadie, y por medio de la violencia, de las promesas y de los regalos, fueron seducidos y confirmaron la elección de Focio.

Informado al fin plenamente Nicolás I, los excomulgó en 863, y depuso de nuevo á Focio; pero apoyado éste por sus numerosos partidarios, se sostuvo en la silla, y el año 867 reunió un Concilio y tuvo la osadía de excomulgar al Papa. Pero el mismo año, Basilio el Macedonio, dueño único del imperio, le hizo deponer y encerrar en un Monasterio, restableciendo á Ignacio.

El emperador avisó de todo al Papa y le suplicó, juntamente con Ignacio, que convocase un Concilio, que efectivamente se celebró en Constantinopla el año 869. Presidieron los legados del Papa, y fué condenado Focio como usurpador, promovedor del cisma y falsificador de las actas sinodales, así como también Gregorio de Siracusa y todos sus partidarios.

Muerto Ignacio el año 877, Focio, reconciliado ya con el emperador, tuvo arte de hacerse restablecer, y el Papa Juan VIII le reconoció con ciertas condiciones que no cumplió. Por esto, y por persistir en su empeño de llamar-

se *Patriarca ecuménico*, y otras cosas que hizo lleno de arrogancia, siendo inútiles las amonestaciones, el Papa le excomulgó de nuevo con todos sus partidarios. Focio renovó las quejas que había elevado en 866 contra la Iglesia romana, y sostuvo el cisma mientras vivió el emperador Basilio. Pero el sucesor de éste, Leon el Filósofo, viendo los males que con su obstinación causaba, confinó al orgulloso Patriarca á un Monasterio, en donde murió el año 891, despreciado é infeliz.

Sus sucesores permanecieron durante el siglo X en comunicación con Roma, aunque no fuesen muy íntimas las relaciones; pero al ser elevado Miguel Cerulario al patriarcado el año 1043, llevó á cabo la separación definitiva.

No teniendo ningún motivo para justificar su rompimiento, reprodujo las antiguas quejas de Focio y los fútiles cargos de aquél contra Roma, prohibiendo toda comunicación con el Papa. Informado el Papa Leon IX de estos hechos, y previendo las funestas consecuencias que nacerían de un ataque tan brusco y tan destituido de fundamento, empleó cuantos medios prudentes estuvieron á su alcance para evitarlos. Primero escribió á Cerulario refutando con sólidas razones todos sus cargos. Además, como deseaba sinceramente la paz, envió tres legados para que conferenciasen con el Patriarca y nada omitiesen para restablecer la unión.

El emperador Constantino Monomaco, que necesitaba del Papa y del emperador Enrique contra los normandos, recibió con suma deferencia á los legados y procuró reducir al Patriarca; pero éste, cada vez más obstinado, no quiso ni aun recibirlos. Justamente resentidos los legados de un proceder tan indigno, se vieron precisados á excomulgar á Cerulario, y se marcharon de la corte. Entonces el pérfido cismático se atrevió á su vez á excomulgar al Papa, y procuró arrastrar al cisma á todas las Iglesias patriarcales. Más tarde, habiéndose hecho temible á los emperadores este Prelado revoltoso por el crédito que tenía con el pueblo, fué depuesto y desterrado por Isaac Commeno, y murió de pesar el año 1059.

En lo sucesivo nada omitieron los Papas por restablecer la unidad. Gregorio X parece que tuvo la dicha de conseguirlo en el Concilio segundo general de Lyon, celebrado el año 1274. Los embajadores del emperador Miguel Paleólogo presentaron en él una profesion de fe, tal como el Papa la había exigido, y una carta de 35 Arzobispos griegos y de sus sufragáneos, en la cual decían estar conformes en todos los puntos que dividían á las dos Iglesias. El Papa felicitó vivamente al emperador y á su hijo, exhortándolos á conservar la union, y ciertamente éstos hicieron cuanto estuvo de su parte por asegurarla; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la tenacidad del Clero y de los Monjes, que no solo no quisieron someterse, sino que promovieron sérios motines contra el emperador. Temeroso de una sublevacion su hijo Andrónico, depuso al Patriarca unido Veco, y nombró en su lugar á Jorge Chipre, con lo cual se renovó el cisma.

Sin embargo, no desistieron los Papas en sus tentativas, y al fin las vieron coronadas del éxito más feliz. El año 1437 el emperador griego Juan Paleólogo II y el Papa Eugenio IV convinieron en que se celebrara un Concilio compuesto de griegos y latinos, para tratar tan importante negocio. El Concilio se reunió en Ferrara, y despues se trasladó á Florencia el año 1439, habiendo asistido el emperador en persona con el Patriarca de Constantinopla, 20 Metropolitanos y un gran número de Eclesiásticos distinguidos. Despues que se hubieron aclarado todas las dificultades, abjuraron solemnemente el cisma, y dieron una profesion de fe conforme á la de la Iglesia romana, en la cual reconocian particularmente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el Papa es el jefe de la Iglesia universal. Voltaire habla de este suceso como del triunfo más completo de la Iglesia de Roma.

Pero desgraciadamente la alegría fué tambien esta vez de corta duracion. Cuando el emperador y los Prelados volvieron á Constantinopla, el Clero, los Monjes y el pueblo, excitados por Márcos de Efeso, que se había negado constantemente á firmar la union, se sublevaron contra los

que la habían firmado, al paso que colmaban de elogios á Márcos de Efeso por haber tenido él solo bastante valor para negar su consentimiento. Intimidados la mayor parte de los Obispos que habían firmado, se retractaron de lo que habían hecho, y el cisma quedó consumado sin esperanza de remedio.

¿Habrá todavía quien se atreva á decir que las arbitrariedades de los Papas fueron la causa de la division de la Iglesia griega? Léjos de haber cosa alguna reprehensible en la conducta de los Papas, merecen, por el contrario, sinceros elogios por su celo, por su constancia, por su prudencia y por su actividad en este negocio. Toda la culpa es de los griegos, y están conformes en atribuírsela todos los historiadores.

Oigamos ahora las juiciosas reflexiones que, hablando de este cisma, hace Augusto Nicolás:

«El cisma de Focio, además de atentar contra el principio de la unidad de la Iglesia, contenía un principio de herejía sobre la procesion del Espíritu Santo, y en este punto participaba indirectamente del arrianismo. Por lo demás, cuanto una rama separada del tronco puede subsistir, la Iglesia griega ha conservado en su forma las antiguas tradiciones del cristianismo y las ha conservado hasta la supersticion, y esta minuciosa fidelidad en algunos ritos primitivos, cuyo cambio en nada afecta al fondo de la doctrina, en esta Iglesia no es más que una singularidad, y, sobre todo, un efecto de su inmovilidad y de su falta de vida.

Y es un testimonio evidente de la vida divina en el seno de la Iglesia católica la comparacion de su estado y de su accion, con el estado y la accion de la Iglesia griega.

La Iglesia griega tenía para sí la inmensa ventaja sobre la Iglesia romana, de que por su situacion y el intermedio en que se hallaba colocada, heredaba más inmediatamente de la civilizacion antigua y de la primera civilizacion cristiana. Constantinopla, Antioquía, Efeso, Corinto, toda esta Asia Menor, todo este archipiélago griego en que los primeros rayos de la fe cristiana vinieron á cruzarse con los últimos rayos de la civilizacion antigua, en que la impre-

sion viviente y continua de la vida del Salvador, de las predicaciones apostólicas, de los primeros combates y de los primeros Concilios de la Iglesia, de los primeros testimonios de sus Confesores y de sus mártires, y del estupendo milagro de la conversion de lo más corrompido del mundo pagano en lo más puro y más santo del mundo cristiano; todas estas impresiones, todas estas inspiraciones, todos estos torrentes de luz, de tradicion, de fe, de gracia y de vida, brotando de sus mismas fuentes, daban á la Iglesia griega una ventaja inmensa sobre la Iglesia romana. Y, ¿qué ha hecho ella de esta ventaja?

No solamente no la ha propagado, no solamente no la ha conservado, sino que ha dejado que la noche de la barbárie invadiese las regiones de la luz, y ella misma ha quedado en sus tinieblas, hundida y estacionada, sin hacer jamás el menor esfuerzo para salir de tan lastimoso estado, no presentando ya más en el día que un agregado de herejías y de groseras supersticiones, que la simonía compra al despotismo el derecho de explotar, partiendo con él los provechos.

La Iglesia romana, al contrario, inundada desde un principio de bárbaros, expuesta siempre á los ataques de las más malignas y tenaces herejías, teniendo que combatir á la vez contra la ignorancia y la falsa ciencia, contra la violencia y la sutileza: recibiendo á cada instante en su seno elementos extraños á todo origen y á toda tradicion cristiana, y extendiendo por sí misma su apostolado en las regiones más lejanas, las más bárbaras, las más salvajes, en que la lengua, las costumbres, las supersticiones, las habitudes, el clima, las comunicaciones, todo era obstáculo, todo era peligro, todo debía ser humanamente alteracion, perversion, naufragio para la disciplina y para la doctrina; la Iglesia romana, repito, no solo se ha mantenido íntegra y libre en medio de esta confusion y de estos obstáculos, sino que obrando sobre todos esos elementos de barbárie, los ha dominado, disciplinado, fundido; les ha inspirado con su soplo, vivificado con su vida; ha sacado de ellos una civilizacion enteramente nueva; hasta ha reco-

gido los últimos restos de la civilizacion antigua, que la Iglesia griega no ha sabido conservar y que de Constantinopla han venido á refugiarse á Roma; ha creado el mundo moderno, el mundo actual, en lo más animado, en lo más puro, en lo más rico, en lo más fuerte que tiene, de tal manera, que no puede oponer á la misma Iglesia, sino el abuso de los beneficios que de ella ha recibido. ¡Qué prueba más brillante de que la Iglesia católica es la única que tiene las promesas de Jesucristo, y que estas promesas son divinas, tanto para la sociedad del tiempo, como para la de la eternidad!

§ II.—*El cisma de Occidente* (1).

Hemos visto á la Iglesia salir victoriosa de todas sus pruebas, sin perder nada de su vigor por las disensiones que la desgarraban. Ahora vamos á presenciar un espectáculo borrascoso de otro género, que hubiera sido lo más apropiado para arruinarla si no hubiera tenido á su favor las promesas de Jesucristo. Hablamos del gran cisma de Occidente, que la turbó por espacio de cuarenta años.

El Papa Clemente V, bajo pretexto de no tener seguridad en Roma á causa de las facciones y turbulencias que en aquella época agitaban á Italia, trasladó la Silla pontificia á Aviñon el año 1305, desoyendo los ruegos de los Cardenales, que trataron de disuadirle de su proyecto. Este paso inauguró una época de grandes amarguras para la Iglesia, y marcó el principio de la decadencia del Pontificado (2).

(1) Palma, tomo III, capítulo 32, y tomo IV, capítulo 2.º y siguientes.

(2) Fué una desgracia para la silla apostólica, dice Alzog, la pérdida de su independenciancia, y la influencia exclusiva de la política francesa en los consejos pontificios, con detrimento de las otras naciones; porque alteraron la confianza general en el Jefe supremo de la Iglesia. Pero una multitud de impuestos arbitrarios, y el triste cuadro de los desórdenes de Aviñon, hicieron que el Papado perdiese casi todo su crédito y autoridad. Los esfuerzos de Benedicto XII (1342), de Inocencio VI (1362), y de Urbano V (1370),

Siete Papas, todos franceses, tuvieron su silla en Aviñon, por espacio de setenta años, por lo cual se llamó esta época el cautiverio de Babilonia. Los romanos, á quienes causaba incalculables perjuicios la ausencia de los Papas (1), y todos los católicos que deseaban la mayor gloria é independencia de la Iglesia, deseaban vivamente, y solicitaban la vuelta del Pontífice. Al fin Gregorio XI, convencido de los males que esto ocasionaba, volvió á Roma el año 1377 con todo el Sacro Colegio, y fué recibido con las más vivas demostraciones de alegría.

Después de su muerte, temiendo el pueblo romano que si era elegido un Papa francés volvería otra vez á Aviñon, repitiéndose los tristes acontecimientos de los anteriores pontificados, acudió en grande número al Cónclave pidiendo con las mayores instancias que fuese nombrado un Papa romano, ó al menos italiano. Quedaron cumplidos sus deseos, pues salió elegido por unanimidad el Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Apoyado en el amor del pueblo atacó enérgicamente las relajadas costumbres de los Cardenales franceses, y además anunció que tenía intencion formal de permanecer en Roma. Entónces, disgustados éstos, se salieron de Roma, y se dirigieron á Agnani, en donde declararon que la eleccion de Urbano era nula por falta de libertad, y habiendo acudido tambien

no pudieron contrabalancear el efecto general de estos desórdenes. Poco á poco la relajacion y la disolucion se habian extendido de la cabeza á todos los miembros de la Iglesia, y así el tronco como las ramas estaban lánguidos, estériles y deshonorados. Segundo periodo, párrafo 248.

Sin embargo, esta prueba aprovechó en cierto sentido á la Iglesia, haciendo ver por una parte la inmortal duracion de su poder espiritual que cambia de silla sin cambiar de naturaleza, y por otra, su invencible alianza con el poder temporal que la ha seguido en todos sus destinos. Es fácil probar con la historia en la mano que la ausencia de los Papas de Roma jamás debilitó sus derechos.—Cardenal Mathieu, *El poder temporal de los Papas justificado por la historia*, 2.^a época, capítulo 2.^o

(1) Durante este tiempo la poblacion de Roma quedó reducida á ménos de 30.000 almas.

los Cardenales de Aviñon, eligieron al Cardenal Roberto de Ginebra, que se llamó Clemente VII. Así comenzó el gran cisma.

Toda la cristiandad quedó sumida en la más cruel incertidumbre, no acerca de la fe, sino acerca de la persona que es su órgano verdadero. La política francesa hizo que obedeciesen al antipapa Nápoles, Saboya, Castilla, Aragon, Navarra, Escocia y la Lorena, pero obedecian á Urbano VI las demás naciones.

Hoy no hay duda acerca de la legitimidad de Urbano: la historia lo acredita con todos sus documentos. Pero entónces se dividieron los ánimos, y los mejores espíritus no sabian á qué atenerse por la ilusion, la duda y la incertidumbre. La universidad de Oxford se declaró por Urbano, la de París por Clemente. Esta decía que la eleccion del primero no fué libre; aquélla replicaba de una manera victoriosa que Urbano había rehusado la tiara, y que los Cardenales, al instarle que la aceptara, parecian elegirle segunda vez: que áun los mismos que no habian tomado parte en la eleccion fueron á asistir á la coronacion: que recibieron la comunion de mano de Urbano, le prestaron juramento, solicitaron y obtuvieron gracias de él, y permanecieron tres meses adictos á su causa. De todos modos, la division estaba consumada y amenazaba ser cada dia más honda por el encono de un partido contra el otro.

Después de un pontificado de once años murió Urbano VI en 1389, y los Cardenales romanos eligieron para sucederle á Bonifacio IX, adornado de grandes virtudes. Este publicó en 1400 el gran jubileo, que atrajo á Roma una multitud de fieles, notándose que á pesar del cisma casi todos consideraban á la ciudad santa como capital del orbe cristiano. Tambien murió el antipapa Clemente VII en 1394, y los Cardenales de su obediencia le nombraron por sucesor al Cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Esta eleccion hizo que la extincion del cisma fuese más difícil que nunca.

Muerto Bonifacio IX, juraron los Cardenales romanos que el elegido haria todo lo posible por acabar el cisma,

inclusa la abdicacion, si fuese necesaria. Salió electo Inocencio VII, que por la brevedad de su pontificado no pudo cumplir su palabra. Sucedióle Gregorio XII en 1406.

Siendo inútiles todos los esfuerzos para lograr la paz, los Cardenales de ambas obediencias, deplorando los males que afligían á la Iglesia, determinaron reunir un Concilio general en Pisa, para poner término á tan aflictivos debates. La posicion tomada en consecuencia por los dos Papas, en frente de sus respectivos Cardenales, hizo más difícilosa aún la solucion.

El Concilio se celebró en 1409, acordando que en las difíciles circunstancias que atravesaba la Iglesia, tenía derecho para deponer á los Papas, y elegir un legítimo sucesor. En su consecuencia, fueron depuestos Gregorio XII y Benedicto XIII, y casi al punto fué nombrado Papa el Cardenal Filargi, bajo el nombre de Alejandro V. Este suceso, en lugar de apagar el cisma, no hizo sino complicarlo más, pues hubo tres Papas en vez de dos, y el mundo se dividió en tres obediencias. Alejandro V murió al año siguiente, y los Cardenales de su obediencia nombraron á Juan XXIII. Muchos príncipes atizaban el fuego en vez de apagarlo.

La inquietud de los fieles volvíase así mayor que nunca. ¿Dónde estaba el Papa legítimo? Si no puede dudarse que Benedicto XIII era un antipapa, por una parte se presentaba Gregorio XII con todos los derechos de Urbano VI, y por otra Juan XXIII heredero de la tiara que Alejandro V había recibido de la asamblea de Pisa. Fatigados con tantas incertidumbres, todos clamaban por un nuevo Concilio, y lo pedían los Cardenales de los diversos partidos (1) y los príncipes. Juan XXIII tomó la iniciativa convocando el Concilio de Constanza en 1414. Este Concilio reconocido

(1) Enseñan los teólogos que en aquel caso, en que ninguno de los tres Papas podia ser reconocido como verdadero, era preciso reunir un Concilio, convocado por Cardenales y hasta por príncipes reinantes: Concilio que sería legítimo, no en lo relativo á los dogmas, sino en cuanto á la eleccion de un jefe no disputado para la Iglesia universal.

por Gregorio XII, y formado por Padres de todas las naciones, tenía en su composicion y en su convocacion un carácter evidentemente ecuménico (1).

Hechos los preliminares de costumbre, el Concilio exigió que los tres Papas abdicasen voluntariamente. Tres años se pasaron en esfuerzos y deliberaciones, sin obtener un resultado definitivo. En aquellas circunstancias extraordinarias en que tres Papas rompían la paz y la unidad de la Iglesia, y ninguno de ellos quería ceder, ni abdicar, ni sujetarse á un arbitraje, parecía necesario declarar que el Papa es inferior al Concilio ecuménico, y puede ser depuesto por él: cosa que en otro caso, fuera del tiempo del cisma, y en el estado normal de la Iglesia, no puede en manera alguna admitirse.

En consecuencia, Juan XXIII, que despues de haber abdicado, se retractó, fué depuesto, y se sometió al decreto cuando el margrave Federico de Brandeburgo se apoderó de su persona: Gregorio hizo voluntariamente su abdicacion y perseveró en ella noblemente; y, en fin, Benedicto XIII, que se obstinó en conservar la tiara, fué depuesto como hereje, cismático y perjuro. Despues fué elegido el Cardenal Oton Colonna, tomando el nombre de Martino V. La Iglesia pudo regocijarse doblemente por haber terminado aquel atroz y largo cisma, y por tener un Papa de costumbres puras y uno de los hombres más eminentes de su siglo.

Tal es en resúmen la historia de aquella dolorosa prueba de la Iglesia que se llama el gran cisma de Occidente.

Por lo demás, aún cuando las opiniones sobre el Papa estuviesen divididas, no por eso dejaron de estar todos unidos á la silla apostólica, á la cátedra de Pedro; y este cisma, tan deplorable como era en sí mismo, dañó tal vez ménos á las conciencias que otros escándalos. Esta es la reflexion de San Antonino de Florencia, que escribía á mediados del siglo siguiente: «Podíase, dice, persistir ó permanecer de buena fe y con seguridad de conciencia en uno

(1) Excepto las sesiones IV y V.

ó en otro partido; porque aunque es necesario creer que en esta Iglesia no hay más que un solo jefe visible, si sucede, sin embargo, que dos soberanos Pontífices sean creados á un mismo tiempo, no es necesario creer que, éste ó aquél sea el legítimo, sino solamente se necesita creer que el verdadero Papa es aquel que ha sido elegido canónicamente, y el pueblo no está obligado á discernir cuál es, pudiendo seguir la opinion y la conducta de sus pastores». El gran designio de Dios, que es la santificación de los escogidos, no se cumplió ménos en medio de los escándalos. En efecto, hubo Santos personajes en las dos obediencias: por otra parte, un Papa dudoso no es Papa, y, por consiguiente, todo el tiempo de cisma puede considerarse como un interregno en que está vacante la Silla pontificia, y que por una providencia especial de Dios se conserva íntegra la unidad católica.

Los Santos de aquella época, dice el sábio Cardenal tantas veces citado, deben juzgarse segun las luccs de su siglo; pueden haber participado de sus prevenciones en una cuestion que dividía los reinos y los espíritus, y vivir, aún en la comunión la ménos segura para la fe, con todas las señales de la predestinacion y santidad. Divididos acerca del hecho, los fieles no lo estaban acerca del derecho. Todos creían que no hay sino un solo Dios, una sola Iglesia, un solo Papá, legítimo sucesor de Pedro. Pedro vivía siempre á sus ojos, segun unos en Urbano VI, segun otros en Clemente VII; mas á juicio de todos el Papado permanecía inmutable, cualesquiera que fuesen el nombre y la mansion del que lo ocupaba. No liga Dios la salvacion de los pueblos á la decision de estas difíciles cuestiones. Cuando surgen en el trascurso de los siglos, es una prueba para la razon y no un obstáculo para la fe. La santidad, que constituye como la vida íntima del cristianismo, desarróllase en medio de los peligros como en el seno de la paz; y cuando más turbadas estaban las inteligencias, los corazones rectos no pertenecían ménos á Dios y á la Iglesia (1).

(1) Lugar citado, cap. 7.º

En medio de los escándalos que hay que lamentar en aquella época, la relajacion del Clero, los intereses de partido y la excitacion de los ánimos, es maravilloso contemplar la unanimidad y alegría con que fué recibida la eleccion de Martino V. Y viviendo todavía dos de aquellos Papas, quedan de repente oscurecidos y abandonados, sin que ninguna ambicion trate de tomarlos como bandera, ni poder perturbar á la Iglesia reunida ya entera á su jefe reconocido. Aquel cisma no fué rebeldía en los corazones, sino duda en la opinion.

No es solo esto lo que prueba el vigor con que la Iglesia resiste todas sus pruebas. Todo cisma suele degenerar rápidamente en herejía, y casi siempre va complicado con ella; pero en éste no se alteró en lo más mínimo la pureza de la fe; hecho sin ejemplo en los anales de la Iglesia, que sorprende tanto más, cuanto que por espacio de medio siglo se tuvieron animadísimos debates, se cruzaron escritos de todo género, y se aventuraron mil extrañas opiniones para defender cada uno la razon que pretendía tener.

Pero lo que sobre todo es maravilloso es que despues de tan hondas escisiones, las más apropósito para desprestigiar el Papado en la opinion pública y debilitar su poder, salió, sin embargo, más robusta y respetada la autoridad pontificia, y despues del cisma empieza la época de su más sólida grandeza. Los abusos de los Papas dudosos no tuvieron fatales consecuencias en lo sucesivo, y la degradacion de algunos en nada perjudicó á la institucion que presumían representar. Por el contrario, la reforma iniciada por Martino V, dió los frutos más saludables que se completaron en sus sucesores. En adelante la accion de los Papas fué más expedita, y desapareció para siempre el peligro de iguales turbaciones en la Iglesia.

CAPITULO IV.

El protestantismo.

Bajo el nombre genérico de protestantismo, se comprende la grande defeccion que experimentó la Iglesia en el si-